



JULIO 2023
Nº168

Adoradores

Revista de
espiritualidad,
información
y promoción
Eucarística.



A los jóvenes adoradores:

¡Feliz el joven adorador que supiere obedecer como Jesús! Sus acciones serán llenas de méritos, su corazón gozará de las delicias de la paz y su vida será bendecida de Dios. Pág 08 y ss.



Sabes que...:

Desde el Sagrario de mis abandonos veo pasar todos los días a tantos y tantos hijos... No me miran, pero Yo sí los miro y los sigo con mi mirada a todas partes. Pág 18



El apostolado eucarístico de un gran santo:

San Ignacio de Loyola infundió en su pueblo el amor al Santísimo Sacramento y fomentó la Comunión frecuente. Pág 20 y 21

Staff:

Director: pbro. lic. Mauro Carolosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



Ser ovejas del Buen Pastor

¡Qué gozo sientes en amar el Señor y en seguir al Señor!

[...] Hombre, ¿de qué te engañas?, ¿en qué te empleas? Oveja, toma al pastor, mira el camino del pastor, síguelo por donde va. Vende cuanto tienes. Mira que esta joya la has de comprar con lo que más te doliere. ¡Oh hombre casto, oh paciente, oh caritativo! ¡Qué gozo sientes en amar el Señor y en seguir al Señor!

El que quiere ser mi oveja, el que quiere ser mío, niéguese a sí, no piense en sí, no quiera lo que el Señor no quiere. La oveja que va paso ante paso tras de su pastor, no errará camino. Va el Señor por calle angosta, y tú, por calles y plazas anchas; no saldrás al camino. Niéguese a sí. No estribes en tus razones; piensa que no sabes nada; deja hacer al Señor.

“Si vienes tras mí, ven sin ti. No pienses en ti; haz cuenta que no eres”. No tengas en nada espinarte, que ahí está el Señor. ¿Qué fuera de ti, cristiano, si Jesucristo dijera: “Quiero ir a salvar el mundo por lo llano, pero si hay espinas no quiero”? ¿Qué fuera de ti? ¿Qué hicieras tú si Dios no se pusiera contra todo el mundo y se entrara rascuñado por las espinas y trabajos que pasó? ¿Qué fuera de ti si Él no quisiera pasar trabajos y si, habiendo llegado al paso de la muerte, no dijera: Hágase, Padre, como tú quisieres y no como yo quiero (Lc 22,42); y si no quisiera que le espinara la espina de la



pobreza, de la paciencia y de la caridad que, con todo cuanto pasaba, tenía para perdonarlos? ¿Y sabéis a cuánto llegó? Que lo coronaron de espinas, lo azotaron, lo escupieron, lo mofaron y le hirieron mil justicias que no se pueden escribir ni contar, y al fin no pararon hasta ponerlo en la cruz.

Pero si Jesucristo dijera, como tú, que no se quisiera meter por espinas, ¿qué fuera de ti? Y si por ti se metió el Señor de los señores por tan grandes trabajos, ¿qué mucho que tú te metas siquiera por alguno de ellos? Síguete y conocerás que eres su oveja.

San Juan de Avila



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11; 3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S.

Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado.

Padre Celestial, te los agradezco

agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me

inspiras estos sentimientos,

a ti sea dado todo

honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias

sobre todo por haberme

redimido.

Por haberme hecho cristiano

mediante

el Bautismo, cuyas promesas

renuevo.

Por haberme dado por madre

a tu misma Madre.

Por haberme dado por

protector a san José,

tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel

de mi guarda.

Por haberme conservado

hasta ahora la vida para

hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte

y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine

A



A los jóvenes adoradores

Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard.

Los deberes de familia deben ser dulces para el corazón de un buen hijo y de un buen hermano. Dios los ha constituido en primera ley del amor al prójimo.

1. Deberes de hijos

La naturaleza hace amar a nuestro padre y a nuestra madre: es la dicha de la vida. La fe nos los muestra como los representantes del poder y de la bondad de Dios y nos los hace amar con amor sobrenatural. De ahí que el amor cristiano tenga toda la fuerza de la naturaleza y de la gracia. Para ser verdadero, el amor filial debe poseer tres cualidades.

Precisa que sea respetuoso, sumiso y abnegado.

a) Amor respetuoso. El respeto es la primera prueba del amor filial. Un amor sin respeto no es más que amor propio rayano en el desprecio. El respeto es el guardián fiel del amor, es una corona de honor y de gloria. Delante de los padres se debe, pues, evitar severamente toda palabra poco respetuosa o trivial que no se pronunciaría delante de un jefe a quien se respeta; evitar toda acción descortés o grosera que no se atrevería uno a poner ante una persona digna de honor. Un buen hijo tendrá, sobre todo, a gala honrar a sus padres delante del mundo. Su honor personal así lo exige; Dios se lo impone como precepto absoluto.

b) Amor sumiso. La santidad de Jesús hasta los treinta años no fue más que un acto continuo de obediencia. El evangelio revela su perfección toda por esta única palabra. “Les estaba sumiso” (Lc 2, 51). La obediencia era su vida.

¡Feliz el joven afiliado que supiere obedecer como Jesús! Sus acciones serán llenas de méritos, su corazón gozará de las delicias de la paz y su vida será bendecida de Dios.

c) Amor abnegado. Un buen hijo ha de apartarse de todo placer que no participarían sus padres; rehusar toda amistad extraña que dividiría su tiempo y su afecto con detrimento del amor filial. Su dicha es vivir bajo el techo paterno; su placer, prodigar a sus padres sus cuidados tiernos y afectuosos. En la hora del dolor y de la prueba será siempre su consuelo y su fortaleza.

Dichoso el joven adorador que coloca la gloria de su vida en servir a sus padres, sin más galardón que el amor de su deber, sin más deseo que el de hacerles bien, sin otra esperanza que la de Dios. Obrando así no perderá nada, pues el placer más puro es el de la familia; la fortuna mayor, la del honor; la virtud más perfecta, la de la abnegación.

2. Deberes de hermano

La amistad fraterna es el amor más fuerte. Para ser cristiana esta amistad



debe estar fundada en la caridad y en la virtud.

a) En la caridad. La caridad, dice san Pablo, es dulce, paciente y bienhechora. Dulce, en sus relaciones, evita cuanto propende al mal humor o a la antipatía. Paciente, soporta con calma las debilidades de la edad, los defectos naturales de los hermanos y de las hermanas. Benéfica, quiere su bien como el suyo propio; se lo procura con sencillez y gusto. Tal ha de ser la verdadera amistad fraterna de un joven afiliado.

b) En la virtud. La amistad que no está fundada más que en el sentimiento natural o en la simpatía dura poco, permanece a menudo estéril para el bien. Solo la virtud da

En la hora del dolor y de la prueba, el joven adorador será siempre consuelo y fortaleza para sus padres.

a la amistad su vida, su poder. Esta virtud tiene que ser: llena de abnegación, benévola, preveniente en sus relaciones, afectuosa en sus servicios, desinteresada en sus sacrificios, haciendo el bien por amor y no por interés propio; abnegada, sobre todo en el orden de la salvación, no teniendo ni paz ni descanso mientras no haya salvado a un hermano o a una hermana en peligro de perderse.

Tal tiene que ser la virtud fraterna de un joven adorador para ser perfecta. (Continúa en la próxima semana)



Elección de estado

Cómo debe ser encaminado el momento más importante en la vida de una persona joven.





La elección de estado de vida es el asunto más serio y más importante para un joven. De esta elección dependen su dicha en esta vida y su salvación eterna.

Es, pues, deber del joven estudiar cuidadosamente, en el momento oportuno, la vocación a la que le llama Dios en su divina bondad, examinando sus aptitudes y sus inclinaciones naturales. Pero sobre todo desde el punto de vista de la salvación, debe escoger su estado. En la duda acerca de su vocación ha de consultar a sus padres, a un director sabio y experimentado y orar mucho.

Una vez decidido en la elección de un estado de vida, el joven debe prepararse a él por las virtudes que han de ser su adorno y su perfección. Si escoge la carrera de las ciencias ha de entregarse a ellas constantemente, trabajar con unidad de miras, santificar el estudio por la piedad y la ciencia por la virtud.

Si se decide para el comercio, la industria o cualquiera otra profesión similar, sepa que necesita gran energía de carácter para triunfar de las dificultades primeras, de una virtud a toda prueba contra los peligros y escándalos de una sociedad muchas veces incrédula y corrompida. El estado más dichoso es el que se ejerce en derredor

de la sabiduría de un padre y de la bondad de una madre. La vida de un joven en familia es como el curso de un caudaloso río, que fecunda y alegra cuanto le rodea.

Si nuestro Señor lo llamara a una vocación más sublime, a la gloria de su divino sacerdocio, deberá regocijarse sobremanera; pero purifique bien sus intenciones y pruébese a sí mismo; ore mucho a María, la reina del cenáculo; luego, cuando hubiere llegado el momento de la determinación, consulte a un hombre de Dios y prosiga con humildad y confianza.

Si, al contrario, se siente llamado al santo estado del matrimonio y si tiene la dicha de contar con padres cristianos cuidadosos de su verdadero bien y de su salvación, consúlteles y déjese guiar por sus sabios consejos. Luego ore con fervor y Dios le bendecirá.

Para hacer su elección ha de preferir ante todo las cualidades del corazón a los bienes de la fortuna, la virtud a una belleza perecedera. Para ser feliz, precisa que pueda estimar durante toda su vida a la persona con quien ha de vivir en mutuo y cristiano afecto.

“Bienaventurado el corazón, exclama el Profeta (Sal 1, 1-4), que no sigue el consejo de los impíos y no entra en el camino de los pecadores ni en la reunión de los poderosos toma asiento. Mas en la ley de Dios tiene sus delicias, y en su ley medita día y noche. Y es cual árbol plantado junto a la corriente de las aguas, que a su tiempo ofrece el fruto y cuyas hojas no se marchitan, y cuanto emprende sucede prósperamente”.

“Para hacer su elección ha de preferir ante todo las cualidades del corazón a los bienes de la fortuna, la virtud a una belleza perecedera.”



Jesús en el Santísimo sacramento

¿El autor plantea una serie de preguntas para profundizar ante quién estamos cuando adoramos?

1.º Frente a la pregunta de ante quién estamos cuando adoramos: estás, me responde la santa Iglesia, en presencia de Jesucristo, tu rey, tu Salvador y tu Dios.

Adórale, alma mía, con la fe del ciego de nacimiento que, reconociendo a su bienhechor, se postra ante Jesús y le adora humildemente.

Adórale con la fe de Tomás y dile: “¡Señor mío y Dios mío!” Pero yo no veo a Jesús como el discípulo del cenáculo. —Es verdad; no obstante dice el Salvador: “Bienaventurados los que creen sin haber visto”, ni tocado con sus manos.

La Iglesia me muestra a mi Salvador y mi Dios oculto bajo la forma de una Hostia —como el precursor lo mostraba bajo la forma de un hombre cualquiera—, como María le mostró a los magos bajo la forma de un niño.

Adórale, ¡oh alma mía!, con la fe de los reyes de Belén; ofrécele el incienso de tu adoración como a tu Dios; la mirra de la mortificación como a tu Salvador, y el oro de tu amor y el tributo de tu dependencia como a tu rey.

2.º Pero ¿por qué no se me revela Jesús en el esplendor de su gloria, por qué no se manifiesta ante mis ojos?

Para probar mi fe y tornarla humilde, dócil, sumisa a la autoridad de la

santa Iglesia, su esposa y mi madre, que me habla en su nombre.

Por otra parte, ¿qué necesidad tengo de ver, oír, tocar para creer en la presencia real de Jesús en la santa Hostia? ¿No me basta su palabra divina? A nadie se piden más garantías. ¿Es que puede engañarme su promesa? ¿Puede equivocarse su Iglesia? Los santos que creen, adoran y aman a Jesús en su divino Sacramento, ¿por ventura viven en el error y en la ilusión?

¡Ah!, si fuera más humilde, más puro, más fervoroso, Jesús se manifestaría con mayor claridad a mi corazón; sentiría, como Juan Bautista, la proximidad de este fuego divino; lo sentiría en mí como María cuando lo llevaba en su seno; la luz de la fe penetraría en mi alma como los rayos del sol iluminan el cristal transparente.

¡Sí, oh Señor y Dios mío, creo y adoro con la Iglesia tu cuerpo, tusangre, tu alma y tu Divinidad sustancial, verdadera y realmente presentes en la santa Hostia!

Creo, mas aumenta mi fe; dame una fe sencilla como la de un niño, viva como la llama del amor, fuerte como la de los mártires e intrépida como la de los apóstoles.

3.º ¿Por qué está Jesús en el Santísimo Sacramento?



“Adórale, alma mía, con la fe del ciego de nacimiento que, reconociendo a su bienhechor, se postra ante Jesús y le adora humildemente.”

I: ¡Por mí! ¡Porque me ama!

Su amor, que lo ha llevado a entregarse a los sufrimientos y la muerte de cruz, le ha hecho instituir este memorial de su pasión y de su muerte con el que quiere alimentar, mi alma. ¡Soy, pues, el fin de este divino Sacramento!

II: Se hace todo mío en su Sacramento: le poseo enteramente tal cual es en el cielo con todas las riquezas de su gloria; tal cual era sobre la tierra, con todas las virtudes de su vida, con todas las gracias de su muerte. Si no es su amor, nada tengo que envidiar a los apóstoles que vivieron con Él; ni a los santos que triunfan con Él.

III: No está en el santísimo Sacramento sino para mí; le recibo y le

adoro como si estuviera solo en el mundo. ¡Se porta conmigo como si no tuviera más que pensar en mí, escucharme, amarme y, me atrevería a decir, servirme!

¡Oh! ¿Cómo podré corresponder a tanta bondad, a tanto amor para con una criatura tan pobre e indigna?

Pero, ¡oh Jesús mío!, nuestro amor te seduce y te engaña. ¡Te olvidas de lo que he sido y lo que soy!

Por medio de la santa Iglesia, por los santos y ángeles te ofrezco mis acciones de gracias; con María mi madre quiero celebrar tu misericordia y cantar un Magníficat, el sublime canto del reconocimiento. (Continúa en la próxima semana)



¿Qué quiere de mí?

¿Para qué está Jesús en el santísimo Sacramento?



“Jesús está en el santísimo Sacramento para curarme. Padezco de la fiebre del pecado. Estoy cubierto de llagas, mi alma está leprosa: he ahí mi médico. Y este buen samaritano viene a purificarme, a devolverme la salud de mi alma.”



1.º Jesús está en el santísimo Sacramento para curarme. Padezco de la fiebre del pecado. Estoy cubierto de llagas, mi alma está leprosa; he ahí mi médico. Y este buen samaritano viene a purificarme, a devolverme la salud de mi alma.

¡Oh! ¡Cuánto la necesito! Tanto tiempo hace que sufro. Las llagas de mi alma son muy crónicas; el hábito del mal está muy arraigado en mí, y las tentaciones de cada momento irritan vivamente estas llagas y alimentan muy activamente este foco de pecado. Pero, oh Jesús, di una palabra, una sola palabra a mi alma, como a la suegra de Pedro, devorada por la fiebre, como al centurión para su hijo sin esperanza de vida, como al leproso del camino, y mi alma será salva.

2.º Jesús está en el santísimo Sacramento para ser mi maestro, para educarme, adornarme con su gracia, infundirme su espíritu de verdad y de amor; hacer vivir en mí sus costumbres y sus virtudes; en una palabra, para educarme cristianamente: es mi divino maestro, mi modelo y mi gracia.

3.º Jesús está en el santísimo Sacramento como salvador mío. Viene para comunicarme las gracias de la redención, aplicarme sus méritos y derramar su sangre divina sobre mi cuerpo y mi alma.

Y para esto se sacrifica en el altar como víctima de propiciación y pide a su Padre gracia y misericordia para mí.

Pero para que su sacrificio produzca todos sus frutos, Jesús me pide que lo complete, que me una a Él, que sufra en su lugar, ya que después de su resurrección Él no puede sufrir.

En compensación, Él dará a mis penas, a mis sufrimientos un precio y un valor infinitos, los revestirá de los méritos de su divina persona y los hará suyos; ¡esta será la redención, la pasión y la muerte del calvario renovada y reproducida en mí por la Eucaristía!

¿Qué quiere Jesús de mí?

1.º Que le ame como Él me ama; que le ame al menos como un hijo ama a su padre y a su madre; a Él, el mejor de los padres y la más tierna de las madres; el amigo real, fiel, desinteresado; el amigo inmortal de los buenos y malos días. Nada más digno.

2.º Quiere que le sirva tan bien como el interés hace servir a un amo humano; el honor, la ambición, a un poderoso rey; la piedad filial a un padre respetado, y que no se diga que Jesús es peor servido que el hombre. Nada más justo.

3.º Aguarda a que yo le ofrende el homenaje de mi vida, de mi libertad, de todo mi ser, ya que Jesús me ofrece en el santísimo Sacramento y me da sus gracias, su libertad, su vida, todo cuanto es. Nada más equitativo.

4.º En fin, Jesús quiere reinar en mí; jeso es cuanto ambicional! ¡Es ésta su realeza de amor, el fin de su encarnación, de su pasión, de su Eucaristía!

Reinar en mí, reinar sobre mí; reinar en mi alma, en mi corazón, en toda mi vida, en mi amor. ¡Este es el segundo cielo de su gloria! ¡Oh, sí, Jesús, ven y reina! ¡Que mi cuerpo sea tu templo, mi corazón tu trono, mi voluntad tu sierva devota! ¡Que sea siempre tuyo y no viva más que de vos y para vos! (Continúa en la próxima edición)



Un posible milagro eucarístico

El caso que sucedió en una arquidiócesis de EE.UU., pasa a ser estudiado por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe.



La arquidiócesis de Hartford ha solicitado al Vaticano orientación sobre cómo proceder en la investigación de un posible milagro eucarístico en la iglesia católica de Santo Tomás de Thomaston, Connecticut. El caso pasará a ser estudiado por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe.

Es la primera acción pública de la arquidiócesis desde que se informó a finales de marzo pasado que Jesús, verdaderamente presente en la Sagrada Eucaristía, apareció multiplicándose en el copón, típicamente un cáliz de oro que contiene el cuerpo eucarístico de Cristo.

“Informes como el supuesto milagro de Thomaston requieren ser remitidos al Dicasterio para la Doctrina de la Fe en Roma. La arquidiócesis ha procedido en consecuencia y esperará una respuesta a su debido tiempo”, dijo a CNA David Elliott, portavoz de la arquidiócesis.

No está claro cuánto tiempo podría tardar el dicasterio en responder a la petición de la arquidiócesis, dijo Elliott.

Desde que se difundió la noticia del posible milagro eucarístico, numerosos peregrinos han acudido a la iglesia de la que fue párroco el beato Michael McGivney, fundador de los Caballeros de Colón.

El 5 de marzo pasado, al final de la misa, el padre Joseph Crowley anunció que un ministro de la eucaristía fue testigo de algo inexplicable mientras distribuía la comunión.

“Uno de nuestros ministros de la eucaristía se estaba quedando sin hostias y de repente había más hostias en el copón. Dios se duplicó en el copón”, dijo Crowley emocionado a los fieles.

“Es realmente, realmente genial cuando Dios hace estas cosas, y es realmente, realmente genial cuando nos



“Los milagros son signos divinos que nos llaman a la fe o a profundizar en ella”, expresó el p. Joseph Crowley.

damos cuenta de lo que ha hecho, y acaba de suceder hoy”, dijo el sacerdote.

“Muy poderoso, muy impresionante, muy real, muy impactante. Pero también, sucede, y hoy ha sucedido”, dijo. “Se estaban quedando sin hostias y de repente aparecieron más hostias. Así que hoy no sólo hemos tenido el milagro de la Eucaristía, sino también un milagro mayor. Es genial”, dijo el sacerdote.

El 28 de marzo, la arquidiócesis de Hartford emitió una declaración en la que decía: “Como personas de fe sabemos que los milagros pueden ocurrir y ocurren, como ocurrió durante el ministerio terrenal de Cristo. Los milagros son signos divinos que nos llaman a la fe o a profundizar en ella”.

“Los católicos romanos experimentan un milagro diario porque cada vez que se celebra la Misa lo que era pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y lo que era vino se convierte en su Sangre”, dice la declaración.

“A lo largo de los siglos, este milagro cotidiano ha sido a veces confirmado por signos extraordinarios del Cielo, pero la Iglesia siempre tiene cuidado de investigar los informes de tales signos con cautela, no sea que se dé cre-



Mons. Leonard Blair, arzobispo de Hartford, Connecticut.

dibilidad a algo que resulte ser infundado”, continúa.

“Lo que se ha informado que ha ocurrido en nuestra iglesia parroquial en Thomaston, de la que el Beato Michael McGivney fue párroco, si se verifica, constituiría un signo o maravilla que sólo puede atribuirse al poder divino para fortalecer nuestra fe en el milagro diario de la Santísima Eucaristía. También sería una fuente de bendición del Cielo para el esfuerzo que los obispos estadounidenses están haciendo para renovar y profundizar la fe y la práctica de nuestro pueblo católico con respecto a este gran Sacramento”, finaliza la declaración. (Infocatolica)



El Sagrario



¡Sí me miraran! ¡Que bien nos entenderíamos!

Desde el Sagrario de mis abandonos veo pasar todos los días a tantos y tantos hijo...

No me miran, pero Yo sí los miro y lo sigo con mi mirada a todas partes, por si alguna vez se les ocurre mirar, que se encuentren con mi mirada ...

¡Pobrecitos! Veo sus caras retratada la fatiga de un peso grande, largo, abrumador; aún en las caras de los que pasan riendo a divino la misma fatiga.

¡Claro! ¡Les pesa tanto la cruz!

¡Cuánto peso sobre hombros tan débiles!

Y me digo cuando los veo pasar tan agobiados: ¡si me miraran! ¡sí me miraran! ¡que bien nos entenderíamos!

Yo cogería la angustia de sus miradas como una oración y la oración por mi conducto el Padre celestial se ha comprometido decir siempre que si, y ellos ¡qué bien pagados quedarían con lo que mi mirada les daría!

¡Cuidado! Yo no les quitaría siempre la cruz que llevan.

¡Hace tanta falta un la cruz a esa carne pecadora y es espíritu soberbio para ganar el reino mío, que es reino de purificados y humildes!

Pero sin quitarles la cruz, ¡cómo se la haría llevadera, alegre, fecunda y satisfactoria!

¡Ah! ¡Sí mis hijos los fatigados, los abrumados, se decidieran a volver sus ojos hacia mi Sagrario cada mañana al tomar de nuevo sobre sus hombros la carga del día!

¡Cómo cobrarían a vientos al oír sin ruidos de palabras, pero con acento que les llegaría al alma, mi pregunta del Evangelio: ¿Podéis?!

Y ¡cómo fortalecidos con mi mirada y mi palabra, me responderían cada mañana: Podemos...! Y ¡vaya si podrían!

San Manuel González

Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Al Santísimo Sacramento

¡Oh manjar divino, por quien los hijos de los hombres se hacen hijos de Dios y por quién vuestra humanidad se mortifica para que Dios en el ánimo permanezca! ¡Oh pan dulcísimo, digno de ser adorado y deseado, que mantienes el ánimo y no el vientre; confortas el corazón del hombre y no le cargas el cuerpo; alegras el espíritu y no embotas el entendimiento; con cuya virtud muere nuestra sensualidad, y la voluntad propia es degollada, para que tenga lugar la voluntad divina y pueda obrar en nosotros sin impedimento! ¡ Oh maravillosa bondad que tales mercedes quiso hacer a tan viles gusanillos! ¡Oh maravilloso poder de Dios, que así puso, debajo de especie de pan, su divinidad y humanidad y partirse él en tantas partes, sin padecer él detrimento en sí! ¡ Oh maravilloso saber de Dios, que tan conveniente y tan saludable medio halló para nuestra salud! Convenía, sin duda, que por una comida habíamos perdido la vida, por otra la cobrásemos, y que así co-

mo el fruto de un árbol nos destruyó a todos, así el fruto de otro árbol precioso nos reparase a todos. Venid, pues, los amadores de Dios y asentaos a esta mesa.

San Juan de Avila

Actos de adoración

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te adoro en todos los Sagrarios del mundo.

Te adoro, sobre todo, en donde estás más abandonado y eres más ofendido.

Te ofrezco todos los actos de adoración que has recibido desde la institución de este Sacramento y recibirás hasta el fin de los siglos.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu Santa Madre, de San Juan, tu discípulo amado, y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

Ángel de mi Guarda, ve y visita en mi nombre todos los Sagrarios del mundo.

Di a Jesús cosas que yo no sé decirle, y pídele su bendición para mí.



ADORADORES

Santo del mes: San Ignacio de Loyola, 31 de Julio

El amor eucarístico de un gran santo

Fomentó con fervor el amor a Jesús Sacramentado.

San Ignacio de Loyola (1491-1556), personalmente y a través de la Compañía de Jesús, fomentó mucho en el pueblo cristiano el amor al Sacramento eucarístico.

En su autobiografía, el mismo santo, estando en Manresa (España), declara: “Estando en este pueblo, en la Iglesia de dicho Monasterio oyendo la Santa Misa un día, y alzándose el “Corpus Domini” (o sea, la Hostia Consagrada), vi con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puedo bien explicar, sin embargo lo que vi con el entendimiento, claramente, fue como estaba en aquel Santísimo Sacramento, Jesucristo, Nuestro Señor”.

Estando presente verdadera, real y sustancialmente Jesús en la Eucaristía y siendo la Santa Misa la actualización y perpetuación de su sacrificio redentor, no podía nuestro Santo no tener grandísima devoción y luces muy especiales con respecto a este augusto misterio.

Pocos hicieron en su tiempo tanto como él por infundir en el pueblo cristiano el amor al Santísimo Sacramento. Fomentó la Comuni3n frecuente -algo muy novedoso para su

tiempo- mostrando cómo si se había perdido esa santa costumbre había sido por haberse enfriado la devoción y la caridad.

En la carta que le escribe a sus paisanos desde Roma, adjuntando una Bula Papal sobre el Santísimo Sacramento, les recomienda vivamente el amor por la Eucaristía, con estas sentidísimas palabras: “Os pido, requiero y suplico, por amor y reverencia de Dios Nuestro Señor, con muchas fuerzas y con mucho afecto os empleeis en mucho honrar, favorecer y servir á su Unigénito Hijo Cristo Señor Nuestro en esta obra tan grande del Santísimo Sacramento, donde su Divina Majestad, según Divinidad y según Humanidad, está tan grande, y tan entero, y tan poderoso, y tan infinito como está en el cielo”.

Frases del santo, de su *Coloquio con Jesucristo*

- Escucha atentamente mis palabras: el que gusta de la soledad sabe a qué sabe Dios. El alma tiene necesidad de silencio para adorar. La calidad de las almas se calibra por su actitud ante el silencio, por su capacidad de silencio, por el timbre de su palabra interior.



ADORADORES

- Tienes que hacer el silencio en ti, no para contemplarte y admirarte secretamente, sino para darte del todo a Dios.

- El que gusta de la soledad sabe a qué sabe Dios. El alma tiene necesidad de silencio para adorar.

- (...) el silencio es una conquista. Hay que merecerlo. El recogimiento exige un esfuerzo: hay que quererlo. Haz con valor este esfuerzo. Pídemelo humildemente la gracia del silencio interior y hallarás la paz. (Fuente: Agencias)

Haz silencio dentro de ti mismo para que hable en ti mi Palabra que se pronuncia en eterno silencio.



Un poco sobre su vida

Era originario de España y nació en Loyola en 1491. Siendo un joven y apasionado militar lo hirieron en combate, y luego de leer la vida de Cristo y de los santos, dejó todo y se abocó a la Iglesia. Fundó la Compañía de Jesús, una milicia espiritual a las órdenes del Papa para luchar contra las herejías, promover la reforma de la Iglesia y extender el Evangelio por el mundo. Murió en 1556. Una de las grandes obras dejadas por el santo es el libro "Ejercicios espirituales".